

Una ventana al ánimo de Cristo

*Asamblea nacional Bancos de Solidaridad
con Julián Carrón
Milán, Teatro Smeraldo, 1 de noviembre de 2008*

© Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo
Via Porpora, 127 - 20131 Milano.
Tracce-Litterae Communionis
Direttore responsabile: Davide Perillo
© Fraternità di Comunione e liberazione
per i testi di Julián Carrón

Andrea Franchi: Os doy la bienvenida a todos, bienvenido Julián, que con tu presencia nos ayudas y nos corriges en nuestra experiencia. Os doy la bienvenida, a vosotros y a los amigos que nos siguen en directo por videoconferencia, los amigos de Nápoles, de Sicilia (Siracusa, Catania y Palermo), la pequeña gran Matera, Campobasso, Foggia, Pescara, Téramo, Bari, Brindisi, Olbia y, por primera vez, dos grandes ciudades (es decir, dos Bancos de Solidaridad recién nacidos), Roma y Madrid. Saludo, pues, a Manute y a todos los amigos de Madrid.

Saludo también a los amigos del Banco de Alimentos y de AVSI, que hoy participan con nosotros en este gesto.

¿Por qué estamos aquí? Porque cada uno de nosotros, deseoso de ser feliz en la vida, en un determinado momento encontró el abrazo de Cristo mediante el abrazo de un hombre. Ese hombre es, ante todo, don Giussani, el origen de todas nuestras obras, el origen de toda la experiencia de los Bancos de Solidaridad.

Ese hombre se inventó un gesto educativo como la caritativa, que tiene la finalidad de mirar a la cara a quien te abraza y permanecer en este abrazo.

Estamos aquí hoy para dar testimonio de cómo este gesto educa nuestra vida, como la cambia, qué novedad nos ha aportado. Por lo tanto, será una asamblea de testimonios, en la que podéis plantear las preguntas que hayan surgido en vuestra experiencia.

Sonia: Desde hace años trabajo como voluntaria en el Banco de Solidaridad de Como, pero nunca como este año entendí como la educación, con el tiempo, nos permite ver la realidad con otros ojos.

En junio di a luz a un niño, Francesco, gravemente enfermo; vivió doce días.

El día de su muerte comprendí que nuestro Francesco, en sus doce días de vida, ofreció todo de sí; Dios nos ha concedido la gracia de poderlo ver,

de bautizarle, y con su muerte se cumplió toda su existencia. Todo pasó en doce días; no fueron necesarios ochenta años, todo es un “algo más” que se nos ha concedido, dado. Francesco en sus doce días nos dio testimonio de la presencia de Cristo entre nosotros y esta es la tarea de cada hombre.

Con la historia de Francesco, la mirada de Dios sobre mi vida fue tan total que hoy no puedo sino desearla todos los días, y para negar que ha acontecido tendría que negar la existencia misma de mi hijo y, por tanto, quitarme de en medio a mí misma.

No sé por qué Dios eligió esta forma, esta modalidad para salirme al encuentro de un modo tan incisivo, pero mirando a Matteo, mi primer hijo de doce años, que vive feliz y contento, no puedo no reconocer que esto ha sido un bien para mi vida.

Este amor, esta misericordia de Dios que hoy anhelo en lo cotidiano ha cambiado inevitablemente mi vida hasta los gestos de todos los días; y me doy cuenta de que lo que antes era extraordinario (es decir, fuera del tiempo ordinario, de todos los días), la oración, la Escuela de comunidad, la caritativa, que relegaba a momentos determinados del día (la caritativa los miércoles, la oración por la noche, la Misa los domingos, etc.), se han convertido en parte de mi cotidiano, es decir, de todos los días, de manera sencilla, no de manera forzada o como gestos añadidos.

Me doy cuenta de que para persistir en este camino Dios me ha dado instrumentos sencillos: la Escuela de comunidad y la caritativa, que en su sencillez me recuerda todos los días que Otro me ha hecho, y que me lleva de nuevo a reconocer la presencia de Cristo todos los días de modo concreto, real, no como si fueran solo palabras.

Paola: comencé a formar parte del Banco di Solidaridad invitada por una amiga de la Fraternidad, pues le había dicho que no hacía nada útil durante el tiempo libre. Sinceramente, pensaba que todo se habría acabado con la preparación y la entrega del paquete mensual a las familias. En realidad, las cosas fueron de distinta manera. Las familias que se me confiaron tuvieron que afrontar graves problemas, no solo económicos, sino también de salud. Me impliqué mucho con ellos, sobre todo emotivamente.

Las contradicciones entre las que yo consideraba sus necesidades y, en cambio, sus decisiones eran tan grandes que, a veces, instintivamente, les habría mandado a paseo. En otros momentos estaba hecha polvo, porque prácticamente no podía hacer nada y de nuevo el instin-

to me hubiera empujado a dar materialmente de lo mío para responder a sus peticiones.

Ahora me doy cuenta de que el principal problema era yo: ¡quería resolver los problemas a toda costa, estaba convencida de que esa era mi tarea! Cuando por fin entendí esto, todo fue mejor. Pero sola nunca lo hubiera entendido, la compañía me ayudó: desde las primeras reuniones del Banco se me preguntaba por qué hacía ese gesto. Para mí la respuesta era obvia: lo hacía porque sentía el deber de responder a una necesidad. Leer y meditar juntos las palabras de don Giussani en *El sentido de la caritativa* y descubrir, como él dice, que ese gesto nos permite «cumplir el deber supremo de la vida – más aún, el único – que es realizarnos a nosotros mismos, alcanzar la plenitud», para mí fue una revelación inesperada, que alteraba y centraba de nuevo el sentido de mi vida. Se me dijo que tenía que quererme a mí misma como Cristo me quiere, porque solo así puedo ayudar y querer a los demás. Me sentí acompañada y sostenida también en esta experiencia y para mí, que entré en el movimiento hace solo algunos años, fue una confirmación más de que no estoy sola, de que formo parte de una compañía que me ha acogido y me educa a tener una mirada más verdadera sobre la realidad.

Pensándolo bien es realmente increíble: ¡la ayuda que yo ofrecí a gente desconocida fue el instrumento para ayudarme ante todo a mí misma! He ido adquiriendo la capacidad de aceptar mis límites y convivir con ellos, de no sentir siempre el deber de resolverlo todo, la paciencia de esperar mis tiempos y los de los demás, de no juzgar, sino de intentar corregir fraternalmente y de acompañar.

Pero el mayor don de esta experiencia es que ha cambiado el modo de relacionarme con mi marido y mis hijos, y también con mis alumnos. Mi actitud no podía y no debía ser distinta de la que había aprendido a tener con aquellas familias.

La indiferencia de mis hijos hacia el movimiento y su rechazo a participar en las propuestas del Banco siempre me habían provocado una reacción de rabia y juicio hacia ellos.

Ahora he entendido que esa actitud mía los alejaba todavía más no solo de mí, sino también de otras propuestas que pudiesen encontrar. ¡Cómo podían darse a los demás si ellos eran los primeros que se sentían inadecuados! He aprendido a valorizarles más, a mirar lo bonito que hay en ellos y sobre todo a decírselo, y así finalmente hacía que se sintieran queridos y aceptados por lo que son. Algo parecido ha sucedido con mis alumnos: ahora logro mirarles con un interés distinto y arriesgar no solo

como profesora, sino también como persona.

Y así, una lección de economía me lleva a hablar de mi experiencia de la caritativa y a partir de ahí algunos comienzan a expresar opiniones que, claramente, revelan miedo y dudas sobre su vida. Como yo, también ellos necesitan que alguien les confirme y les anime, sentirse apreciados por lo que son, pero también que se les aliente a buscar respuestas, a no contentarse y a luchar por lo mejor para su vida. Se me ha enseñado que yo no tengo que resolver sus problemas o hacer en su lugar, ni puedo, porque lo que realmente necesitan lo sabe solo Dios. Yo solo tengo que caminar con ellos desempeñando mi papel de madre y de educadora, sin tener la pretensión de convencerles y cambiarles, sino con la paciencia de entenderles, acompañarles y amarles.

Delfio: Vengo del Banco de Solidaridad de Como. El 26 de mayo de 2006 ingresé en un centro de recuperación para drogadictos, el Arca de Como. Esta estructura ofrece la oportunidad a quienes están dentro de la comunidad de llevar a cabo actividades externas. Yo elegí el Banco de Solidaridad. El motivo principal por el que lo elegí fue la manera que yo tenía de gastar el dinero, prácticamente no tenía freno: ganaba mil, gastaba tres mil. Por eso, me dije: intento acercarme a una asociación de ese tipo y quizás entiendo algo del tema.

No solo he entendido algo, sino que he logrado dar un sentido mucho, mucho más directo a mi vida. Me he acercado mucho al Señor, he aceptado el abrazo de los amigos del Banco, que ha sido realmente caluroso. Ellos sabían quién era yo y de dónde venía, pero han visto en mí a una persona positiva, una persona que podía hacer algo.

Todos los miércoles iba allí y cargaba esas cajas para los voluntarios que iban a distribuirlas entre las familias: me sentía útil y estaba bien conmigo mismo. Me sentía bien a nivel personal, porque veía la estima que tenían de mí estas personas.

Bien, mi camino en la comunidad acabó hace cuatro meses y sigo formando parte del Banco y será todavía por mucho tiempo, porque los amigos de Como realmente me han acogido y me han despertado las ganas de dar un sentido a mi vida, un sentido que yo había perdido desde hacía muchos, muchos años. Por esto, les doy las gracias y os las doy también a vosotros por haberme escuchado.

Lorenza: Quería hacer una pregunta. Lo que yo deseo es sorprender cada vez más el Misterio en mi vida cotidiana. Participar en la caritativa

es la ocasión para aprender esto. Cuento dos ejemplos. Antes le llevaba el paquete a una chica que era madre soltera; al final de un día, en el que resulta fácil dejarse llevar por la rutina y hacerlo todo con el piloto automático, al llegar allí, delante de esa persona, era como si no me cuadraran las cuentas. Ella, por ejemplo, tenía el problema de encontrar otro trabajo, y aunque yo intentaba ayudarla y darle consejos y sugerencias, cuando volvía otra vez no había cambiado nada. Ante esa persona, para mí era evidente que yo no podía gestionar su vida, según lo que yo pensaba, sino que ante todo tenía que estar frente a ella.

Recientemente nació mi hijo y, como ya no logro seguir llevando el paquete, acepté hacer como caritativa una especie de secretaria del Banco.

Quiero preguntar lo siguiente: todas las veces que soy así de sencilla y llego a decir: «aquí está Cristo» estoy agradecida, porque todas las veces que Lo reconozco vuelvo a casa contenta y cambiada frente a mi cotidianidad. Pero lo que me pregunto es: «¿Cuántas ocasiones necesito?». Porque si no tengo continuamente ocasiones como la caritativa, al cabo de poco tiempo me duermo y sucumbo a lo que me sucede. En cambio, querría tener siempre esta mirada, no solo en algunos momentos del día o de mi vida.

Julián Carrón: ¿Te parece poco, Lorenza, te parece poco “Misterio” que tú vayas a la caritativa y un día tras otro no te cuadren las cuentas? ¿Te parece poco “Misterio”?

Nosotros muchas veces tenemos en la cabeza una imagen de cómo el Misterio tiene que aparecer, cómo tiene que mostrarse. El Misterio se hace presente para ti yendo a visitar a una persona; y una vez tras otra, y otra, y otra, ves que no te cuadran las cuentas, porque te encuentras ante algo misterioso para ti. ¿Cuántas veces te sucede esto en la vida, en lo cotidiano? Muchas, ¡de manera que el Misterio está presente también mientras estoy pelando patatas!

Mirad, realmente, la dificultad que tenemos está en el modo de mirar las cosas.

Yo me sorprendo constantemente de la falta de percepción del Misterio. A nosotros nos falta la percepción del Misterio, porque en cuanto comienzo a escucharte me digo: ¿más Misterio de lo que me estás contando dónde lo encuentro? ¿Dónde puedes encontrarlo? El problema es que nosotros Lo tenemos delante y no Lo percibimos. Cuando tu marido no cede a tus exigencias, cuando ves que haces lo que quieres

pero no consigues estar verdaderamente contenta, cuando el niño no es lo que tu desearías que fuera... tú estás ante algo que es misterioso.

¿Qué pasa entonces? Que muchas veces vemos la realidad como todos, y luego pensamos que encontraremos al Misterio fuera de la realidad, no sé con qué modalidad. Pero el Misterio está allí delante, en todas estas cosas, en los pliegues de todo lo que sucede, que se hace presente, en todas estas cosas que no cuadran, que no consigues dominar, que no puedes contener dentro de tu medida.

¿Qué te ayuda en esto? ¿En qué medida la caritativa te ayuda en esto? No porque uno te da una explicación del Misterio (porque explicaciones sobre el Misterio has recibido a miles, si eres del movimiento; lo has leído un millón de veces, pero es como si el Misterio permaneciese externo, fuera de la realidad). Por eso, don Giussani insiste siempre en que la verdadera cuestión es cómo nos relacionamos con la realidad; por eso yo insisto siempre en el capítulo X de *El sentido religioso*. Porque esto es lo que más falta nos hace, porque en la relación con la realidad nuestra mirada es tan racionalista que no Le vemos. Nosotros vemos la realidad como todos y luego añadimos el Misterio desde fuera. ¡No, está ahí! Está ahí. Cuanto más mires a tu hijo, a tu marido, a ti misma, cuanto más mires a la persona que vas a visitar, tanto más te darás cuenta de que no se explican por sí solos, de que son misteriosos. Esta es la modalidad. ¿Qué necesitamos, pues? Un lugar que nos ayude y nos eduque a que esta mirada hacia la realidad sea verdadera, plena, completa.

Si uno te dice que conoces bien a tu hijo si le haces análisis de sangre, tú te rebelas: «¡No! Esto no es todo, mi hijo es mucho más, es ese Misterio que tengo delante». Si no estamos delante de la realidad de este modo, con esta exigencia de totalidad que tiene mi razón, no la conocemos (como no conocerías a tu hijo). ¿Qué tienes que hacer para no pararte solo en el análisis de sangre? Estar con todo tu ser ante tu hijo, porque él te ayuda a no pararte ahí: «¡soy algo más!». Y por el afecto que sientes por él no puedes pararte ahí.

Ayer por la noche algunos amigos me contaban que un profesor había dicho que según Galileo la realidad, el mundo se conoce mediante la matemática y el resto se conoce de otro modo. ¡No! El problema es que muchas veces actuamos así. La realidad no se conoce mediante la matemática. En este sentido somos racionalistas, es como si pensáramos: «Yo conozco la realidad mediante la matemática y luego, para los visionarios, existe otra modalidad de conocimiento más alta». ¡No! Lo primero no es conocimiento, no es conocimiento porque yo no conozco a tu hijo en su

totalidad solo con la matemática o con el análisis químico de la sangre. Tú y yo conocemos a tu hijo abriéndonos a la totalidad de los factores de tu hijo, que tiene dentro este Misterio.

O nos educamos a esto o el Misterio quedará siempre fuera, abstracto, añadido, pegado a la realidad y, por eso, luego tendremos el problema de cómo educarnos en el Misterio. Educarnos en el Misterio es lo mismo, literalmente lo mismo, que mirar a tu hijo con dentro todo el Misterio que es.

¿Es fácil? Facilísimo, basta con no pararse en la apariencia. Cuanto más quieres, más esto te introduce en este Misterio.

Tiziano: (Sube al estrado, abraza don Carrón diciendo: «La caridad es esto»). La experiencia que estoy haciendo yo es que existe un nivel de la naturaleza en el que las palabras ni bastan ni sirven. La caridad es un abrazo físico.

Carrón: ¡Gracias! Para que mi abrazo sea verdadero y, por tanto, responda a la necesidad que el otro tiene de ser amado, no es suficiente una modalidad cualquiera. Es necesario abrazar con toda la conciencia del destino del otro. Porque nosotros podemos haber hecho experiencia de que muchas personas nos han mirado o nos han abrazado de un modo que no comprendía lo que nosotros, realmente, necesitábamos.

Por eso, la cuestión es cómo podemos mirar bien (como decíamos antes) y cómo nosotros podemos abrazar bien. Es lo mismo.

Fabio: Después de la típica vida en Cl, este verano había decidido dejarlo...

Carrón: ¿Y por qué no lo hiciste?

Fabio: No, no: ¡lo hice!

Carrón: ¿Lo hiciste?

Fabio: Lo hice, lo dejé. Lo dejé, porque de todos modos estaba bien así. Pero, afortunadamente, duró poco, porque trae sus consecuencias y uno se da cuenta más tarde.

Soy también responsable de un Banco de Solidaridad y este verano fui por primera vez al Meeting, fundamentalmente para acompañar a mi

mujer, no porque me interesara el Meeting. Allí asistí a algunos encuentros que me impresionaron, como – pienso – impresionaron a todos, por ejemplo, el de Vicky.

Volví a casa con esta pregunta: «¿Por qué los milagros les suceden siempre a los demás?». Esto no tiene sentido, ¿no me conformo!

Carrón: ¿Pero cuándo los milagros suceden a los demás no son también para ti? Que Vicky pueda vivir contenta, en una situación como la suya, ¿no es una esperanza también para ti? Cuando descubrieron la penicilina, ¿era algo que tenía que ver contigo o no?

Fabio: Efectivamente, después me sucedieron también a mí.

Carrón: Bien. ¡Menos mal que está! Porque si existe un cirujano o un médico muy bueno, yo estoy contento, porque existe también para mí. Cuando tú ves a Vicky, o a otra persona que vive así, puede ser una posibilidad también para ti.

Fabio: Regreso del Meeting y vuelvo a trabajar en mi Banco de Solidaridad, porque todavía no había encontrado a un sustituto. Sucede que una chica de 14 años empieza a hacer la caritativa y se viene conmigo a llevar el paquete a las familias. En el coche me repite que ella tiene una predisposición a la caridad. Era la primera vez que la veía y ni siquiera osaba responderle. A la semana siguiente una chica, amiga suya, me viene a decir: «Michela quedó muy impresionada de esta caritativa». Yo no le había dicho nada, pero cuando nos marchábamos de la casa de la familia la señora la abrazó y la saludó como si fuera su hija. Michela le dijo a su amiga: «He comprendido que el Banco no es solo llevar el paquete como pensaba hacer yo, sino una cuestión de relaciones».

Otro hecho. Soy inspector de policía: un día interviene la patrulla móvil para salvar a una persona que se quería suicidar. Al cabo de una semana esta persona vuelve, porque tenía miedo de volverlo a intentar y mis colegas, que no sabían con quien aconsejarle que hablase, me la mandan a mí.

Yo me la encontré en mi despacho y no sabía qué decirle, la dejé hablar y al cabo de un rato lo único que supe decirle fue que se viniera conmigo donde estaba yendo yo. Así que la invité al Banco y a cenar con todos los amigos el sábado por la noche. Le dije: «Tú necesitas a alguien que te quiera y yo solo puedo invitarte a este lugar». Esta persona vino y ahora

está bien; incluso ha empezado a ir a la Escuela de comunidad.

Independientemente del resultado, estos dos signos, pensando de nuevo en el Meeting, son milagros para mí que me han hecho cambiar de opinión un poco sobre todo. Ahora deseo seguir con la conciencia de que, de la misma manera que estas dos personas fueron enviadas para mí, también el Banco o los otros gestos están hechos para mí. Deseo mantener despierta esta mirada, tener los ojos abiertos para reconocer los milagros que me suceden también a mí y no solo a los demás.

Esto me cambia, estoy mucho más tranquilo, es realmente un confiarse, como tú decías cuando te nombraron sucesor de don Giussani: «No soy yo quien ha elegido, esta tarea se me ha dado y, por lo tanto, alguien me guiará». Yo percibo que es así y deseo estar con esta mirada, y ya veo que esto me cambia, mi manera de vivir cambia. Cuento dos ejemplos: el fondo común, que siempre ha sido algo que he vivido con bastante distracción, ahora ya no es así, porque me es dado, como me son dadas la caritativa y la Escuela de comunidad. Ahora tengo el deseo de estar seriamente frente al fondo común, la caritativa y la Escuela de comunidad. El otro ejemplo es que el domingo hice de padrino de Confirmación y me entraban ganas casi de llorar al pensar que allí estaba el Espíritu Santo (mientras que para los demás esa misa era un coñazo). Te doy las gracias por todo esto.

Carrón: Soy yo quien te da las gracias, porque todo se juega, querido Fabio, en esa apertura sutil por la que uno puede ir con su mujer al Meeting y por esa pequeñísima grieta que uno deja abierta entra el Misterio. Tú nunca hubieras pensado que ir al Meeting solo para acompañar a tu mujer habría podido llevarte, después, a todo el resto. En cambio, fue lo que permitió empezar a ver los milagros; primero fuera de ti y luego en ti. Te han abierto de nuevo de par en par, te han hecho cambiar de opinión.

Tú dices: «Estoy más tranquilo». ¿Por qué? Porque tener la mirada abierta de par en par corresponde más que el escondrijo en el que uno quiere encerrarse. Corresponde más y uno lo percibe en sí mismo.

Elisa: Soy maestra en un jardín de infancia y en el ámbito del Banco de Solidaridad me ocupo sobre todo de la parte del suministro de alimentos, de manera que voy a los colegios. Conocí el movimiento gracias al Banco de Solidaridad de mi zona. Intentar educar en la caridad es difícilísimo, si antes no somos educados; en efecto, durante todos estos años,

creo que he usado la Escuela de comunidad y también la caritativa un poco como dos muletas, porque una inquietud sutil en mi vida me ha acompañado siempre y pienso que acompaña un poco a todos. Han sucedido hechos, será que también yo soy más consciente, no sé, pero he empezado a ir a confesarme más a menudo y con cierta puntualidad, con cierta fidelidad, y también la Escuela de comunidad, en este periodo, la estoy viviendo así. Con lo cual la caritativa y la Escuela de comunidad ya no son muletas; es como si tuviera dos pies nuevos, que me hacen hacer cosas que antes no habría hecho. Por ejemplo, en el colegio hubo huelga: yo fui la única maestra en ocho colegios que no se adherió. Nadie me agredió, nadie me dijo nada, es más, una colega mía, de la que no me lo hubiera esperado, incluso me preguntó el porqué. Yo había ido a Roma al congreso de Dैसे, por lo que pude responder. Lo más bonito en este momento de mi vida es esto: mediante mi yo, que continuamente es perdonado y acogido de nuevo - porque yo me siento siempre inadecuada, también cuando voy a los colegios a hablar del Banco de Solidaridad, a hablar de mi experiencia -, frente a los niños más pequeños, ¿qué voy a decir? Con tres años, ¿qué pueden entender? Así que cogí el capítulo X de *El sentido religioso* e inventé, digamos, el juego de don Giussani. Les digo que se tapen los ojos con las manitas y luego pregunto: «¿qué veis?». Y ellos me contestan: «Nada, nada». «Abrid los ojos, ¿qué veis?». Y me dicen: «Todo». Y luego especifican: «Te veo a ti, veo la ventana, el suelo». Y luego les pregunto: «¿Y quién os ha dado todas estas cosas?». Entonces empiezan diciendo la maestra, los padres y se llega al Otro, a Aquel que nos lo da todo. No enseñé religión, voy a algunos colegios en los que casi ni sería posible nombrar a Dios y, sin embargo, sale. Tengo, pues, estos dos pies nuevos y espero, con una fidelidad que es mía, pero que no es mía, no sé cómo decirlo, está en mí, pero no viene de mí - y creo que esto es un milagro -, seguir caminando así.

Carrón: Gracias.

Antonio: Viviendo con fidelidad la Escuela de comunidad y la propuesta de la caritativa, esta semana me ha sucedido esto: entré en un bar, me encontré en medio de una enorme discusión y me dije: «Se trata de una discusión sobre fútbol, ahora me los cargo a todos». En cambio, estaban hablando de otra cosa, de algo muy serio: «Hay que matarles a todos... hay que eliminar a este, hay que eliminar a ese otro...». A mí el discurso no me correspondía y reaccioné, no hice análisis políticos, sino que conté

la experiencia que hago llevando el paquete. Cuando terminé, se hizo un silencio de tumba. Y después alguno reaccionó en positivo sobre lo que había dicho. Ayer, misteriosamente, me llama uno y me dice: «¿Podemos seguir con el discurso del otro día?».

Quedé realmente sorprendido por este hecho, pero me he dado cuenta de una cosa, que si algo vale para mí, es verdadero para todos. Hay que trabajar sobre este hecho, no se puede dar nada por descontado; no somos ni buenos ni malos; hay que decirle al otro lo que me salva a mí, lo que he encontrado yo, es decir, la belleza que he encontrado mediante esta experiencia.

Carrón: Gracias, porque lo que ha contado Antonio me parece muy útil para darnos cuenta de lo que muchas veces nos pasa. Podría haber sido otro quien entrara en esa discusión como uno más. En el fondo su actitud hubiera podido estar ya definida por lo que estaba sucediendo. En cambio, ¿qué nos dice, con mucha sencillez? Que él llega allí, ve eso, ve que no le corresponde y no parte de la discusión, sino de algo que es una experiencia suya, de algo que es un punto original: su experiencia; y cuenta lo que hace, decía: «lo que me salva a mí». Está en la circunstancia con una originalidad del todo nueva: se llama “testimonio” la única modalidad con la que nosotros podemos compartir con los demás lo que nos ha sucedido, que está fuera de los esquemas, de las discusiones. Es un punto de partida del todo nuevo y, por consiguiente, fuera de los esquemas.

Me ha impresionado la sencillez con la que lo ha dicho, es una novedad absoluta, porque normalmente entramos en una discusión como una reacción más a lo que allí está sucediendo y no a partir de una novedad, de lo que nosotros vivimos, que es nuestra verdadera contribución a resolver cualquier situación. Esto es lo que hizo Jesús: puso en la vida, en la historia, una Presencia completamente nueva y con esto empezó a responder a nuestra necesidad.

Nicola: Soy del Banco de Solidaridad de la comunidad de la Fontana de Milán. Comencé a hacer caritativa hace catorce años. Encontré el movimiento en un pueblo de la provincia de Matera, y después me vi catapultado a Milán. Pensaba: «Llego a Milán y quién sabe lo que me va a suceder». Pero me fié y confié, y encontré algunas familias que me acogieron en su casa, en el barrio de la Fontana. Veía que estas familias vivían la vida de modo serio, a pesar de que tenían problemas con sus hijos.

Eran serios. Aunque tenían sus problemas, me acogían, me invitaban a cenar, no me dejaron solo. Me quisieron, fui querido. Mi vida dio un vuelco. Yo quería, pues, corresponder a Jesús por todo lo que me había dado, porque vivía el ciento por uno; de hecho, me casé, tengo tres hijos, trabajo, estoy bien, no me quejo de lo que tengo. Todo esto lo he aprendido haciendo la caritativa, poco a poco. Querría empezar por una cosa que se dijo en la Jornada de principio de curso: no hay que partir de Dios para llegar a la realidad, sino que es la realidad que te pone ante las narices a Dios. Esto es una gran verdad y la he aprendido haciendo caritativa. Aun viviendo el ciento por uno aquí, quería dar cada vez más, pero me sentía impotente, no lo lograba, no daba ni siquiera uno de cien que podía dar. Quería disminuir la desproporción entre Cristo y yo, mientras que esto me ha hecho entender que la desproporción es cada vez mayor, la herida se abre cada vez más; y aun viendo esto, quiero permanecer en esta historia porque aquí he sido abrazado.

Carrón: Gracias, porque lo que dices es fundamental. Primero la experiencia de ser querido. De ahí nació luego el deseo de corresponder: Nicola estaba tan agradecido que quería corresponder, dar algo que él había recibido. La caridad no nace de algo que falta, sino de la desbordante gratitud por lo que uno ha recibido. Esto nos hace libres del resultado, de la respuesta del otro, Cuando le llevas el paquete y no responde según tu medida. ¿Cómo puedo seguir adelante? Puedo seguir porque mi punto de partida no es una carencia que tengo que colmar, sino una gratitud. Parto de una gratitud; mi punto de partida, podríamos decirlo así, no es el sentido religioso que yo quiero colmar. Mi punto de partida es completamente cristiano: la gratitud por lo que Cristo me ha dado y me da.

Esta experiencia absolutamente única consiente un punto de partida nuevo, original, libre, sin pretensiones, dejándole al otro – como el Misterio hace con nosotros – todo el tiempo, todo el espacio para responder según un designio, un ritmo, un tiempo, que no es el mío. ¿Por qué puedo esperar de este modo? Porque mi punto de partida es una plenitud.

«Yo quería corresponder», y cuanto más uno se da cuenta de esto y comienza a hacerlo, tanto más esto lo introduce nuevamente en el Misterio. Como dice él, retomando el principio de curso: «Es la realidad que te lleva al Misterio, a Dios», porque cuanto más uno desea responder, también por lo que ha recibido, tanto más se siente impotente. Siente

la total desproporción entre la necesidad del otro y lo que puede darle.

¿Nosotros qué podemos compartir? Podemos compartir sencillamente lo más querido que tenemos, que es lo que hemos recibido. Es impresionante como suceden las cosas, en su absoluta sencillez. Esta es la novedad que trajo Cristo y que se propone de nuevo ahora para la experiencia de cada uno, como encontramos en los Evangelios; tal cual.

Giovanni: Vengo de una isla de Venecia, Pellestrina, cerca de Chioggia, y trabajo como albañil. Entré hace poco a formar parte del movimiento, que conocí gracias a un amigo que el Señor quiso llevarse consigo. Luego, gracias a los amigos de la realidad de Pellestrina seguí participando en la vida del movimiento y he aprendido a conocer esta maravillosa realidad, cosa que antes, creedme, nunca habría imaginado, quizás por mi manera de vivir, de pensar... Este tipo de vida era muy lejano al mío. Aquí, más adelante, se me llamó a participar en el Banco, es decir, a entregar el paquete a quien tiene más necesidad. Pellestrina cuenta tres mil habitantes, por lo que casi todos nos conocemos. Nosotros, una vez al mes, entregamos unos 13 o 14 paquetes. Una parte los dejamos apoyados delante de la puerta y luego nos vamos, otros los llevo directamente a las personas necesitadas. Lo hago una vez al mes, y, creedme, para mí es difícil contarlos, siento como una explosión dentro de mí, una alegría inmensa. No sé por qué, quizás porque no la había experimentado antes, en los años pasados, o quizás porque sintiéndola toda junta... Es una maravilla, no logro describirla. Delante de estos hechos te sientes cambiado, te sientes nuevo, vives una realidad extraordinaria. Mi mujer no es del movimiento, no se adhiere a lo que yo estoy viviendo en este momento. Intento explicarle estas cosas maravillosas, lo que vivo, lo que siento, tanto que quedó maravillada porque, inmediatamente después de la entrega de mi primer paquete, fui corriendo a buscar a mi párroco y me confesé. «¡Hacía falta el paquete para que te fueras a confesar!», me dijo mi mujer.

Carrón: ¿Por qué pensaste en ir a confesarte?

Giovanni: Porque en ese momento sentía algo nuevo, sentía que delante de mí estaba Otro, como me decían mis amigos, como me enseñaba la Escuela de comunidad. Esto quería contárselo también a los otros de mi compañía que no son del movimiento. Cuando explico esto, ellos mismos me dicen: «Se ve que has cambiado, es realmente un milagro

respecto a como eras antes. Pero, ¿por qué vas a entregar los paquetes, te das cuenta a quién los llevas, esos tienen verdaderamente necesidad del paquete?». Yo intento explicar a mis amigos y a mi mujer el gesto que hago, pero a veces pasa, y esta es la pregunta que quería hacerte, que no soy correspondido y entonces, a veces, me pierdo. Existe realmente, como dice don Giussani en el cuaderno de la caritativa, el peligro de perderse, es más, el peligro de la infidelidad. Por eso quiero preguntar cómo me tengo que comportar ante estos hechos, con qué palabras tengo que dirigirme a estas personas, porque quizás existe la posibilidad de entrar en contacto con ellas. ¿De qué modo me tengo que presentar delante de ellas, cómo tengo que ser yo delante de ellas? Y otra cosa: en esta isla somos pocos, pero me han señalado otros dos casos, estos dos casos no vienen personalmente a pedir y a decir: «Tengo necesidad», pero nos han sido señalados. ¿Qué podemos hacer para hablar con estas familias, con estas personas necesitadas? ¿Y cómo me tengo que comportar, cómo tengo que ser delante del Misterio, delante de Cristo? Porque cuando hago estas cosas me encuentro delante de Cristo.

Carrón: Fue «una alegría inmensa» dice, «una maravilla, una realidad extraordinaria», algo totalmente nuevo. Es como si se hiciera carne lo que dice Giussani en la primera frase del cuaderno de la caritativa: «Interesarnos por los demás es, en primer lugar, una exigencia propia de nuestra naturaleza. Cuando experimentamos algo hermoso nos sentimos empujados a comunicarlo a los demás. Cuando vemos a otros que pasan necesidad nos sentimos empujados a ayudarles con algo nuestro. Esta exigencia es original y natural [nuestra]; prueba de ello es que la tenemos aun antes de ser conscientes de ella y de considerarla – justamente – como una ley de la existencia. Nosotros vamos a “la caritativa” para satisfacer esa exigencia» (L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, Cuaderno de la Revista Huellas, Madrid, abril de 2006, p. 4). ¿Cuándo sabemos que esa *exigencia* está satisfecha? Cuando lleva a esto. Esto es lo que nos educa, pero ¿qué es lo que nos hace felices? ¿Somos felices cuando hacemos lo que nos da la gana o cuando vivimos según esta ley de la existencia? Para nosotros es paradójico, absolutamente paradójico. ¿Por qué? Porque según nosotros, según nuestra casi espontánea forma de pensar, seríamos más felices haciendo lo que nos da la gana, es decir, haciendo lo contrario de esta ley. En cambio, cuando somos leales en el seguir, nos damos cuenta de que esta ley es más verdadera de todos nuestros pensamientos.

El Misterio se hace presente, misteriosamente, y sucede literalmente como cuando los discípulos estaban delante de Jesús después de la pesca milagrosa: no sabían qué hacer, de tantos que eran los peces que habían cogido, y Pedro se arrodilla para confesarse como nuestro amigo. El signo más hermoso, el signo más imponente de Su presencia es que uno se da cuenta de su nada, de su mal.

Es impresionante que a uno, haciendo la caritativa, le vengan ganas de irse a confesar, porque esto es algo que podría parecer lo más lejano. ¿Cómo unir estas dos cosas? Las une solo una cosa: la imponente presencia de Su presencia. Cuanto más la tocamos, nos acercamos a ella, tanto más uno siente su propia nada.

Y de este modo Cristo, ahora como entonces, como hace 2000 años, nos introduce al sentido de nuestra vida mostrando la verdad que es Él, y no dándonos una lección: haciéndose presente de modo tan imponente precisamente por la experiencia que hacemos de la desproporción y de nuestro mal.

Y esto forma parte de la experiencia humana de la cual la Escritura nos da testimonio continuamente. Este es el cambio que trae consigo. Y él se pregunta: «¿Cómo puedo ponerme ante los demás? ¿Con qué palabras?». Simplemente como has hecho aquí y como has hecho con tu mujer; simplemente viviendo. El resto dependerá de un designio que no es tuyo. No te tienes que inventar otra cosa, sino que tienes que hacer literalmente lo que has hecho aquí.

Cómo el Señor usa esto, este testimonio, este cambio que está obrando en ti para el bien de estas personas, esto no es un problema nuestro; esto es un problema Suyo. A nosotros nos toca vivir con esta alegría, con esta gratitud por lo que Él hace, que nos consiente abrazar – ¡esto es impresionante! – incluso nuestro mal, poder mirar lo que queríamos ocultar, “los esqueletos que tenemos en el armario“. Este es el signo más potente, porque muchas veces nosotros no lo confesamos ni siquiera a nosotros mismos.

Solo la presencia buena de Cristo nos consiente mirar lo que no logramos mirar y esta es la modalidad con la que el Misterio nos introduce a Él: sencillamente con la fidelidad a este pequeño gesto. ¿Quién hubiera dicho que esta simple fidelidad habría llevado un bien tan grande?

Alessandro: Soy de Bérgamo. Respecto a la asamblea del año pasado, han pasado cosas por las que estoy más contento. Volviendo de la asamblea un amigo mío me dijo una frase que me impresionó, me

hirió, porque era bonita y verdadera. Me dijo: «Sabes, Alessandro, nosotros no ayudamos a quien se lo merece, sino a quien lo necesita». Para mí fue algo estupendo, me impresionó hasta tal punto que comencé a decirla también en el trabajo, antes hacía un poco de voluntariado en la Cáritas y decía: «Nosotros no ayudamos a quien se lo merece, sino a quien lo necesita». Luego sucedió un hecho: en el Banco de Bérgamo estábamos algo en crisis de voluntarios, pero es una obra que hace Otro, de manera que dije: «Estoy seguro de que Él nos ayudará, no hay que preocuparse». Una amiga de mi mujer tuvo problemas con la hipoteca y necesitaba el paquete, me dirigí a un señor del Banco, que no es del movimiento, y le dije (teníamos una lista larguísima de familias a las que asistir): «Oye, Ercole, hay que llevarle el paquete a esta persona, ha cometido muchos errores, pero también yo los he cometido». Él me dijo: «No, mira, que se apañe, podía habérselo pensado antes, con todos esos hijos, ni hablar». Y aquella herida se abrió de nuevo, me acordé de mi amigo, y le dije: «Mira, nosotros no ayudamos a quien se lo merece, sino a quien lo necesita», y me impresionó la expresión de Ercole, porque la verdad se impone. Él dijo: «entonces, llevémoselo». Le llevamos el paquete y la hija de la señora a la que se lo llevamos quedó impresionada. Le contamos por qué existía ese paquete, que existe ese paquete porque existe la Iglesia y esta es la verdad (ellos eran ex-Testigos de Jehová). Quedaron tan impresionados por esto que dijeron: «Venimos nosotros también». Vinieron ella, el marido, la hermana del marido y la amiga de la hermana; algo que me impresionó mucho fue que la fidelidad al origen, a cómo nació todo, es lo único que hay que tener presente en el ámbito del Banco: entender el origen.

Quería darle las gracias porque el hecho que el Misterio está presente lo he entendido de nuevo nada más entrar aquí hoy, porque estaba seguro de que Él está presente, lo entendí hace tres años, pero explico por qué. El lunes nos dijeron a mi mujer y a mí que esperamos un bebé. Como sé que mi mirada hacia la realidad es equivocada – y es por esto que estoy aquí, para aprender esta mirada que me gusta –, nada más entrar le había pedido a Jesús en la oración que me ayudara a entender cómo tengo que mirar a este hijo. Michele me dice siempre: «Pide a Dios, pero también al testigo». He entrado y usted le dice a Sonia eso sobre su hijo; me he quedado de piedra y he pensado: «¡Es realmente así!». Por lo tanto, gracias, gracias, gracias.

Carrón: Creo que la mejor síntesis, junto con el testimonio de nuestro amigo, la encontramos en la Escuela de comunidad – que debemos retomar –, porque en el capítulo sobre la obediencia (L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Ediciones Encuentro, 2a edición, Madrid 2007, p. 103ss) se nos muestra uno de esos rasgos inconfundibles de Jesús: como Él está ante la necesidad. Es imposible leerlo y no conmoverse, porque nosotros hemos sido mirados así: «Seguramente os acordáis de aquel día en que Jesús era seguido por una gran multitud que, para oírlo hablar – y esto es impresionante –, no se acordaba ni siquiera de comer, no sentía ni siquiera el cansancio, y hacía casi tres días que lo seguían. Jesús, al llegar a la cima de una colina, vio a aquella muchedumbre que cubría las laderas del monte... “y tuvo piedad de ellos”». Y comenta don Giussani: «Son estos breves apuntes que el Evangelio indica [...], los que abren una ventana al panorama inmenso del ánimo de Cristo», y nos dicen más que muchas descripciones, como dice él: nos abren una ventana para entrar hasta la médula del ánimo de Cristo. «“Jesús se volvió y tuvo piedad de ellos porque eran como una grey sin pastor”, tuvo piedad de ellos no solo porque tenían hambre y estaban cansados y continuaban siguiéndolo impertérritos; su pensamiento se ensanchó [su razón se ensancha]: ¿por qué aquella gente tenía ese hambre y esa sed de sus palabras?» (*Ibidem*, p. 104).

Fijaos en cómo nos abre de par en par al Misterio: «¿Por qué aquella gente tenía ese hambre y esa sed de sus palabras? Porque nunca habían oído hablar a nadie como a Él, nunca habían oído a nadie decir las cosas que Él decía, y, sin embargo, lo que Él decía era aquello para lo que esa gente había nacido, para lo que sus madres los habían dado a luz. Habían nacido para escuchar aquellas palabras, pero nadie se las decía. “Y tuvo piedad de ellos”. Esta piedad se tradujo inmediatamente en una constatación realista [hemos visto esta mañana]: tenían hambre. Tener piedad de la gente porque no conoce su destino y tener piedad de la gente porque tiene hambre (porque hace tres días que siguen a uno que habla de su destino), es lo mismo, es un único gesto. Por eso dijo a los apóstoles: “Hacer que todos se sienten”. Se sentaron... y, en fin, los sació a todos. Aquellos, que lo habían seguido para oírlo hablar, se quedaron tan fascinados ante ese último gesto [...] que en ellos la exaltación llegó al máximo y todos se pusieron a gritar que Cristo era el rey que tenía que venir, el rey – hijo de David –. [...] “Entonces todos se pusieron de acuerdo [...] para hacerlo rey”. Pero Él

se apartó de ellos y pasó furtivamente, con la barca, a la otra orilla del lago. Al otro lado del lago estaba el pueblo de Cafarnaúm, con su hermosa sinagoga, cuyos restos todavía pueden verse hoy. Al día siguiente era sábado» (*Ibidem*, pp. 104-105). Ya los había saciado, habrían podido estar tranquilos, volver a casa, pero en la respuesta a ese hambre se ve que la necesidad no era solamente de eso, sino que era una necesidad mayor y, por esto, seguían buscándolo. Y Jesús hubiera podido darles de nuevo de comer, pero sabía que aquello por lo que lo buscaban era más grande, que la necesidad era más grande y entonces comienza, comenzó a decirles: «Vuestros padres fueron saciados con el maná, pero luego murieron. Yo os traigo un maná, un pan, que quien coma de él ya no morirá» (*Ibidem*, p. 105).

Jesús sabe muy bien que la necesidad no es solo de pan y ahí nace la piedad de Jesús hacia ellos, como la nuestra hacia aquellos a los que llevamos el paquete (que no tienen solo necesidad del paquete). Nosotros lo sabemos bien por nosotros mismos, como Jesús lo sabía muy bien, y por esto nuestro amigo decía: «Yo no quiero dejar ahí el paquete, yo quiero una amistad». Porque sin esta amistad no puedo compartir, además del paquete, aquello que más necesita: el gusto, el sentido de la vida. Por eso Jesús nos enseña qué significa querer a los demás: comparte con ellos no solo su poder, saciándolos, sino que comparte con ellos el gusto de la vida, que se encuentra en Sus palabras, y les ama hasta tal punto que dice: «Aquello que realmente necesitáis, para responder a toda vuestra necesidad, es mi carne».

Podemos partir del Banco, como Jesús partía del hambre – tan concreto era –, pero Jesús no reduce la necesidad al hambre, y nos dice qué significa mirar bien la necesidad del otro. ¿Qué quiere decir querer a otro? Nosotros sabemos lo que necesitamos, y por esto el paquete es solo el primer paso para compartir lo que verdaderamente responde a la necesidad. De esto solo podemos dar testimonio, no lo podemos pretender. Con el gesto de llevar el paquete, nos educamos a mirar la necesidad del otro en toda su envergadura y a ser conscientes de que solo si compartimos con los demás lo que nosotros hemos recibido gratuitamente, como decíais esta mañana, podemos querer verdaderamente a otro. Y nosotros podemos hacer esto porque Él ha tenido piedad de nosotros. Podemos hacer así la caritativa, porque pertenecemos al movimiento. Es porque nosotros nos sentimos mirados así o porque hacemos la Escuela de comunidad o porque estamos juntos para retomar constantemente esta mirada sobre nosotros, que

podemos seguir moviéndonos así y entramos más en el Misterio de Cristo, incluso hasta hacer que Él esté presente mediante los rasgos inconfundibles de Su presencia ahora. Es una gracia haber sido mirados así y poder seguir en la aventura de hacerlo presente a nosotros mismos y a los demás.

Esta mañana hemos tocado con mano Su presencia, porque las cosas que hemos escuchado no las podemos generar nosotros, sino que suceden, ahora como en el pasado, porque Él está presente.

Por esto, queremos seguir haciendo nuestros gestos, los Bancos de Solidaridad, la Colecta de Alimentos, las Tiendas de Navidad. Justamente en este momento, en el que todos vemos la dureza del tiempo presente que afecta a tantos amigos o vecinos nuestros, son gestos que equivalen a encender un mechero en la oscuridad. De lo contrario, como muchos ahora, frente a una situación de dificultad correríamos el riesgo de cerrarnos. Hacer un gesto público como la Colecta de Alimentos o las Tiendas sirve para mostrar un origen distinto, una cultura distinta, porque nosotros no partimos de lo que nos falta, sino de lo que hemos recibido. Partimos de una plenitud y esta plenitud nunca decaerá, ni siquiera durante la crisis económica, porque no depende de la crisis económica. Por esto podemos dar testimonio a todos de cuál es el origen de lo que nos ha sucedido. Esto tiene un valor educativo público, lo decimos a todos, delante de todos, queremos gritar ante todos lo que nosotros hemos recibido: la gratitud que tenemos por haber sido mirados con esta piedad.

Andrea: Muchas gracias a todos los que han intervenido y sobre todo a ti, Julián. Este gracias es el principio de un trabajo respecto a lo que me sucederá dentro de un minuto, dentro y fuera de la experiencia de los Bancos de Solidaridad, porque lo que ha ocurrido hoy aquí, afecta a mi vida, entra en mi vida, la juzga, afecta a lo que nos toca vivir; de lo contrario este “gracias” es estéril, mañana ya me he olvidado.

Os invito a todos, en los próximos meses, en la vida cotidiana y viviendo la experiencia de los Bancos de Solidaridad, a que aceptéis el desafío que el acontecimiento de hoy nos ha lanzado a cada uno personalmente. Aceptemos el desafío buscando una respuesta, viviendo la pregunta que surge en la relación con la realidad.

Hemos tenido testigos delante de nuestros ojos: sigamos contándonos, escribiéndonos cómo dentro de este gesto el acontecimiento de Cristo lleva una novedad a nuestra vida. ■